

Hasta que la publicación nos alcance y el público nos olvide. El desafío de leer y escribir en el siglo XXI a través de Ryoki Inoue

Cuauhtémoc Flores Ríos

I. Libros y más libros

Quizá no valga la pena leer un libro de mil páginas, quizá. Quizá sea mejor leer una versión resumida de *Los miserables*, *El romance de los tres reinos* o de *Los bandidos de Río Frío*, quizá. ¿*Quién teme a Virginia Wolf?* (título de una afamada obra de teatro), bueno, pues los que tienen que leer su obra completa y no una antología, cosa que no pasa con quienes leen reconfortantes aforismos de Tolstoi, ignorando que la obra de la que preceden, *El camino de la vida*, es un voluminoso conjunto de textos, o también de aquellos que leen una selección de dramas de Strindberg, con el alivio de que no tendrán que husmear entre los numerosos tomos que componen todos sus escritos. Más descomunal puede ser para los historiadores de Corea del Norte, quienes tienen que leer los más de dieciocho mil libros que Kim Il-sung legó.¹

Leer es ya una inversión; no vivimos en la Edad Media en la que solo se tenía a los greco-latinos como referentes del pasado literario, ni somos monjes budistas de su era clásica para tener solo a China y la India, sino que tenemos miles de autores acumulados de todos los rincones del mundo y de nuestra misma ciudad con las implicaciones que representan su lengua e historia. Desde escritores contemporáneos como Bandi, de Corea del Norte, o Catherine Lim, de Singapur, hasta épicas clásicas que habían sido ignoradas en nuestro idioma, como el cantar de Janger, de Mongolia, o el Kutadgu Bilig, de Turquía. La literatura comparada es fascinante, a la vez que preocupante. Qué tanto estaremos ignorando por seguir leyendo a un mismo escritor, y qué tanto tiempo podremos permitirnos para averiguarlo (a veces las traducciones llegan tarde).² Hemos dado mucha prioridad a la literatura en sí antes que al alcance territorial y temporal de la lectura.

¹ Al menos eso se dice. Las leyendas fabricadas por el gobierno de dicho país en torno a sus figuras políticas bastan para tener la certeza de que lo que se dijo es verdad, pero para cualquier escéptico que requiera una fuente confiable, puede consultar: <<https://www.jotdown.es/2018/05/el-fracaso-de-escribir/>>.

² Como ejemplo, *Viaje al Oeste*, la obra china de gran impacto tanto literario como cultural para todo el oriente, no fue traducida íntegra ni directamente del chino tradicional al español hasta 1992, una edición ahora descatalogada. En 2011 la editorial Siruela la trajo a la vida de nuevo. Cfr: <<https://ojs.uc.cl/index.php/onom/article/view/29775/23237>>.

Puede preguntarse a cualquier aficionado a la utilidad si en los días en que se recorre *En busca del tiempo perdido* no perderá más tiempo del que pueda encontrar, si durante la lectura de *El jilguero* no estaremos igual de impacientes que ese pajarito, o si *Tan poca vida* es un título engañoso, puesto que necesitamos mucha vida para analizarlo. Más aún, ¿qué motiva a los lectores a leer una novela en la que el autor expresa sus preocupaciones, cuando bien podría leer algún libro de divulgación científica? Pues nada menos que el gusto de saberse humano y entretenido.

Aun así, pese a todo el canon que hayan hecho los profesionales —siempre inexacto y exclusivo—, el único que importará es el personal, algo más de libre e íntimo que el criterio; no podemos permitirnos hacer arqueología en bibliotecas para saber qué libros estamos obviando, tampoco tenemos amigos ni autoridad que incluir. Los gustos y la necesidad, sean espirituales, estéticas, sociales, se imponen para nuestras selecciones.

Hoy conocemos, afortunadamente, a Melville, John Kennedy Toole o Kafka, quienes vienen de una época en la que estuvieron a punto de ser olvidados. En un futuro nos lamentaremos, como lectores hispanohablantes, de no haber leído antes a algún oscuro autor que dio a conocer tardíamente una editorial, como lo han sido Atsushi Nakajima, Yu Dafu o Eka Kurniawan, en lugar de haber consumido más y más obras de un mismo autor, que pudo no ser tan bueno como el editor pensaba. Sin embargo, puede que se trate de algún raro sacrificio: Émile Zola o Maurice Joly, por ejemplo, ya no cuentan con tanta salud como en generaciones pasadas, pese a haber sido sinónimos de juventud culta.

El tiempo para alcanzar a ser un genio creador acogido por el público y la crítica es una moneda al aire. La concepción seductora de la inmortalidad del escritor se derrumba con demasiada facilidad. Morris West, escritor australiano que figuraba para ser una especie de Dostoievski popular —aunque terminó siendo demasiado simple—, vendió millones, ¿y quién que haya nacido después de los ochenta lo conoce? Sully Prudhomme fue el primer escritor en ganar el premio Nobel de

Literatura, y no puede uno sino desear buena suerte para encontrar al menos una de sus obras, así como desear el doble de suerte para que se le pueda encontrar gusto en la sensibilidad actual, pues la prueba del tiempo le pesa demasiado.

Pierre Alexis Ponson du Terrail creó al famoso personaje de Rocambole, de donde viene el término, ya no tan usado, de «rocambolésco», e inauguró la figura del caballero-ladrón.³ Si el personaje es así de importante, ¿por qué solo en librerías de viejo se pueden encontrar algunas de sus aventuras?⁴ Porque Rocambole vino a ser superado en fama por Arsène Lupin, de quien se necesitaron no pocos esfuerzos de adaptaciones televisivas modernas para generar interés entre el público actual.⁵

No solo es el trabajo por tener reconocimiento, sino permanecer, lo que mantiene a las obras aún en estantes, pero ese asunto es totalmente ajeno a la voluntad y esfuerzo del escritor. Riichi Yokomitsu, quien recibió más elogios de Kawabata —otro Nobel de Literatura mucho más vivo que el anterior— que los que Mishima pudo recibir, estuvo a punto de ser olvidado en nuestra lengua de no ser por una editorial independiente.⁶ Mas los redescubrimientos no son siempre justos. Carlos Valdés, autor a quien José Emilio Pacheco extrañara,⁷

³ Hay ecos desde Robin Hood, claro, pero la figura como tal nace aquí.

⁴ Hasta donde los clicks y las revisiones en bibliotecas pudieron alcanzar, las únicas ediciones en español disponibles son las editadas por Porrúa, que datan de 1980, sin una nueva reimpresión al día de hoy. Las demás ediciones que alguna vez existieron están descatalogadas.

⁵ Esta figura de sustitución sucedió de forma similar con Sherlock Holmes, quien bebió de Auguste Dopin, de Edgar Allan Poe, para su formación, sin embargo, la cantidad jugó a su favor, cosa que no pasa con Rocambole, ya que, si bien no se está compitiendo en número, sus aventuras son igual de numerosas que las del famoso personaje de Maurice Leblanc. A la par, la serie de Netflix, *Lupin* (2021), generó toda una ola de reediciones a nivel mundial.

⁶ También el caracol en su colección Bosque de Bambú. Posteriormente, la editorial Noctámbula realizó otra edición.

⁷ José Emilio Pacheco le escribió un obituario; puede consultarse en <<https://carlosvaldesmartin.blogspot.com/2016/11/carlos-valdes-1928-1991-y-la-profesion.html>>. Pacheco afirma que hubo una nueva generación de jóvenes que redescubrieron a Valdés, puede que sus sentimientos lo hayan convencido de ello.

está casi en su totalidad olvidado, lo mismo que el indigenista Ramón Rubín, pese a los prestigiosos premios que recibió en su momento. Parece que, entre más discreto o tranquilo sea un escritor, mayores posibilidades existen para su ocultamiento, quizá esa es la razón por la que la mayoría de los escritores recurran desesperadamente a la extravagancia o el egocentrismo, para bien o para mal.⁸

II. Sobre los peligros de querer escribir

Hambre, novela muy elogiada y la más famosa de Knut Hamsun (también ganador del Nobel y bien recordado), habla sobre la patética vida, en el mejor sentido literario del adjetivo, de un aspirante a escritor que apenas y sale adelante publicando artículos y tomando un poco de leche como sustituto de una buena nutrición debido a la falta de ingresos. Pese a todos sus problemas, su voluntad no flaquea, quiere lograr su sueño. Si la novela fuese romántica el joven habría llegado a la cima y quizá por capricho trágico hubiese terminado con su vida, como en *Martín Edén*, de Jack London; si realista o naturalista, como en *La muerte del león* de Henry James, se detendría en hacer crítica social y retratar su época. Sin embargo, *Hambre* es eso: el estómago vacío para todos aquellos que solo se alimentan de sueños. No hay teoría estética detrás más que el de la lógica. Por lo mismo, cuando el protagonista, cansado, vislumbra un barco en el que podría trabajar a costa de abandonar su sueño con la escritura, no lo duda. No es idealista. Se le lee aliviado. Adiós a la escritura, bienvenido a la felicidad.

A Paul Auster, en una entrevista realizada en el año 2012, ya escritor célebre y perteneciente al canon contemporáneo, le preguntan sobre algún consejo para los jóvenes que quieren ser escritores; su respuesta es directa y contundente: «No lo hagan...

Es falso, tristemente es falso. Una mentira blanca que tomamos como verdad debido a la calidad que tuvo el escritor jalisciense.

⁸ La otra cara de la moneda, muy molesta, es la insistencia a la fuerza de escritores poco agraciados para la literatura, pero con suficientes contactos y publicidad editorial para seguir en el «canon», ya sea regional o hasta internacional. Este señalamiento no ocupa un apartado completo en el texto porque esta polémica da para un largo escrito.

se te viene una vida de lucha solitaria, falta de dinero, falta de reconocimiento y mucha dificultad».⁹ Al ser escritor cualquiera pensaría que se trata de un comentario irónico. No lo es. Quien habla no es el literato, sino la persona. Esta apreciación es real, libre de figuraciones. Una advertencia que cualquier persona inclinada a la literatura debe escuchar.

W. H. Auden, en su ensayo *Escribir*,¹⁰ habla de la supuesta importancia de la literatura y se lamenta de que tantas personas aspiren a ser escritores. Su sentimiento no es extraño, si no que coincide con las estadísticas.¹¹ La literatura es reconfortante, pero cuando el mundo está en crisis puede que sea lo menos necesitado. ¿Quiénes cambian realmente al mundo? Tres ejes: juristas, quienes se aseguran de pensar leyes y políticas para el bienestar de la ciudadanía; científicos, quienes investigan el mundo, la naturaleza y la fisiología del hombre para que en su vida puedan reducirse los pormenores y los misterios; ingenieros, quienes transforman el mundo con base en la tecnología. Para no hacer enojar a los filósofos los hemos puesto en el lugar de los científicos, pese a que, entre ellos, no se agraden mucho.

Cualquiera que haya tenido en cuenta a estos maestros puede oponer, en nuestros tiempos, a Amanda Gorman, quien a sus veintiseis años ya es poeta consagrada, o a Rupi Kaur, en condición similar. Bueno, más allá de la eterna discusión de si tienen o no talento —el mundo de la fama literaria es también empresarial, es decir, de logística— es más probable que en promedio se tenga una vida de errante antes que de declamador presidencial. No hay que dejarnos engañar por personas como F. S. Fitzgerald quien si bien pudo hacerse de la clase alta tan solo con su escritura, las excepciones a la regla son eso, excepciones.

⁹ Entrevista disponible vía *streaming*: <<https://www.youtube.com/watch?v=ha7068XoMNA>>. Disponible el 25 de noviembre de 2023.

¹⁰ *Writing*, en: <<https://www.narrativemagazine.com/issues/fall-2008/classics/writing-w-h-auden>>. Disponible el 25 de noviembre de 2023.

¹¹ Un fenómeno similar ocurre en el campo académico, donde hay una lucha desesperada por publicar *papers* para sobresalir: <<https://dl.acm.org/doi/abs/10.1145/1672308.1672316>>. Disponible el 25 de noviembre de 2023.

Nadie en este juego de apuestas —porque sí, triunfar en el mundo de los libros, donde todos quieren ser escritores, sumado la cantidad ingente de publicaciones, es una apuesta— vive realmente de la escritura. Bien se vive de profesor, periodista, lavacoches, abogado, secretario, médico, contador, cuidador de perros, ingeniero, etcétera, pero, ¿de la escritura? No es el siglo XIX ni principios del XX para fiarse de que un escritor joven pueda comprarse una casa;¹² incluso la canasta básica le puede traer problemas, a menos que haya tomado el hilo de la araña para balancearse entre premio y premio, entre beca y beca.

Por lo mismo, todavía cabe preguntarse: ¿cuál es la necesidad de la literatura? La defensa de lo inútil, como ha llamado Nuccio Ordine al hecho de no tener que buscar fines mercantilizados en toda acción y creación humana, suena bastante bien como concepción, pero como práctica, a la larga, duele. No es sorpresa que un porcentaje muy alto de quienes inician una obra nunca la terminen; no es falta de motivación, inspiración o siquiera tiempo, sino de desencanto.

III. Y aún así, escribir. El caso de Ryoki Inoue

Solemos olvidar que las editoriales son primero empresas antes que fundaciones artísticas. Si un libro no vende, se descataloga; si un libro no tiene posibilidades de vender, no se publica.¹³ Samuel Beckett fue rechazado por su oscura forma de escribir,¹⁴ y a Danielewski le sorprendió el éxito mundial que tuvo su famosísima *Casa de hojas*, pese a lo complicado del formato.¹⁵ No por nada la relación entre editores y escritores es siempre tensa.

¹² Cfr: <<https://www.semana.com/cultura/articulo/los-escritores-pueden-vivir-de-sus-libros/534817/>>.

¹³ Por supuesto, hay editoriales con métodos distintos.

¹⁴ Aquí un ejemplo: <<https://www.abc.es/cultura/libros/20140914/abci-beckett-inedito-pesadilla-201409131306.html>>. Disponible el 25 de noviembre de 2023.

¹⁵ El asunto no quedó allí: dio paso a lo que hoy se conoce como literatura ergódica. La reciente traducción al español de S. de Doug Dorst ha mantenido la fiebre por este tipo de novelas en nuestra lengua.

Todo lo que hemos dicho hasta ahora no es pesimismo mal intencionado. Se trata de la antesala para hablar del escritor que nos compete: Ryoki Inoue. Cuando se piensa en los premios de un escritor, pueden venir a la mente el polémico Nobel, el Princesa de Asturias, Kafka, Dagerman, etcétera, difícilmente, sin embargo, pasará por la cabeza un Record Guinness, cosa que sí es bien rara. Ganar un premio de prestigio es más fácil que un Guinness, en cuestión de libros.

Ryoki Inoue ganó dicho premio por ser el escritor que más obras ha escrito: más de mil (sin exagerar).¹⁶ Inoue es alguien que no está en el canon brasileño, tampoco es por quien se sacaría la espada para defenderlo. No se le verá al lado de João Guimarães Rosa, João de Melo, ni junto a intelectuales como Leonardo Boff o Daniel Everett, puesto que sus ambiciones, desmedidas, no tienden demasiado a la cultura —por decirlo de algún modo— ni sus actividades están cercanas a la filosofía o a la lingüística: es médico. Lo suyo es una literatura... ¿comercial?¹⁷ Escribió un libro sobre cómo escribir *best-sellers*.¹⁸ Creemos que hacer eso es muestra de éxito editorial, a pesar de que hay quienes tratan de vender la fórmula mágica.

Más allá de las tramas de misterio que plantean sus obras, o los recuentos de vida familiar (por su nombre cualquiera pensaría que se trata de un escritor japonés, aunque por otro lado no por nada Brasil es el país latinoamericano con más inmigración japonesa),¹⁹ no podemos decir mucho de Inoue, todavía. Existe una creencia popular en el mundo de las hipótesis matemáticas en la que, si se escribe sin cansancio, hoja por hoja durante un lapso de tiempo que podría ser infinito, puede surgir alguna obra maestra. Le ha pasado a Stephen King, quien ha dado obras tan flojas como *El ciclo*

¹⁶ Puede que este registro desbarate al de Kim Il-sung, con pesar de su gobierno.

¹⁷ Está con signos de interrogación porque, hasta donde se sabe, Inoue no se ha podido hacer rico por más que haya escrito. Cfr: <<https://www.elcorreo.com/culturas/territorios/escribir-hacerse-rico-20190720152015-nt.html>>, disponible al día 25 de noviembre de 2023.

¹⁸ *Vencendo o Desafio de Escrever Um Romance*, 2007.

¹⁹ De su árbol genealógico se sirvió para escribir *Saga*.

del hombre lobo, o tan bien elaboradas como *22/11/63*. Le pasó a Murakami con atractivos títulos como *Los años de peregrinación del chico sin color* pero con escenas eróticas genuinamente incómodas,²⁰ hasta tener un referente como clásico contemporáneo de la literatura de ciencia ficción gracias a *El fin del mundo y un despiadado país de las maravillas*.²¹ La disciplina puede más que cualquier tipo de planeación literaria. La única manera de generar experiencia en literatura es escribiendo tanto hasta que se resalte lo malo para evitarlo; de allí que no ser autocrítico y creerse un genio siempre llevará las de perder.

Por lo anterior, creo que juzgamos a Inoue demasiado pronto. Se le ha juzgado como un escritor «fracasado». Comercialmente, sí lo es. Sabemos de su persona a nivel mundial; de sus obras, no, ya que ninguna se ha traducido. Puede que su reputación sea apresurada. Quién sabe. Puede que el mismo Inoue se sorprenda al releer sus obras, tal como se sienten los escritores al releer sus diarios, puesto que, claro está, no toda su obra está publicada. Nada descarta la posibilidad de que haya un gran *Gran Sertón...* o no.

La razón por la que Inoue puede resultar interesante no es su literatura, que todavía no tiene los elementos necesarios para consolidarse,²² si no por el acto mismo de escribir. ¿Por qué seguir escribiendo si las editoriales no pueden seguir el ritmo? Y aún si lo hicieran, no se garantiza ni la fama ni la gloria. En las entrevistas a las que se tiene acceso no ha dado alguna declaración sobre el porqué de su obsesión. Tampoco hace falta saberlo. Se escribe por la única razón por la que todos lo hacemos: porque queremos.²³

²⁰ Aclaración. Esto no se trata de algún tipo de pudor: Murakami no es precisamente bueno en el género erótico, y todos sus lectores nos seguimos preguntando por qué incluye escenas de este tipo en la mayoría de sus obras.

²¹ Desgraciadamente vuelve una escena erótica que arruina el momento. Afortunadamente no es lo suficientemente invasiva como para no perdonárselo.

²² *Saga*. Puede resultar útil para el interesado en la migración japonesa a Brasil o en la historia de la época. Se puede decir que hasta ahora es su obra conocida más completa, y, pese al número de páginas, no ha mantenido esta unidad en otras obras. Lo impredecible juega en su contra.

²³ Flannery O'Connor mencionaba que escribía porque simple-

Si se cruza en el camino alguna teoría, es adyacente. Quien inicia escribiendo adhiriéndose a determinado movimiento, imitando a tal o cual autor, terminará por no tener su propio estilo. Incluso quienes redactaron manifiestos se aseguraron de hacerlos lo suficientemente abiertos para darle un espacio a la creatividad. Incluso aquellos que tienen un compromiso social dejan parte de su imaginación, de lo contrario, mejor les convendría ser activistas. Si los críticos son gustosos de clasificar en algún movimiento, ya es cosa de la didáctica.

Y aún, pese a tener un mundo que nos dice que la escritura solo es un pasatiempo, complicación sin fin o competencia desleal, nos tomamos en serio dicho quehacer. Se ha citado a Paul Auster anteriormente, y es que su respuesta finaliza con estas palabras:

Si alguien que quiere ser escritor, me hace caso, entonces nunca va a ser escritor. Pero si dicen «No, no estoy de acuerdo. Voy a ser escritor de todas maneras», entonces, deberían ser escritores. Te estoy contando mi secreto.

Así mismo, W. H. Auden hace un giro ensayístico en su texto²⁴ al proponer que si bien el paisaje es complicado y desalentador es porque ese es precisamente la tarea de la poesía, la cual «no es magia [...] su principal propósito es contar la verdad para desencantar y desintoxicar». Incluso en *Hambre*, pese a su final, el protagonista solo pudo lograr su auto realización a través de la sensibilidad literaria.

Quizá por todo eso nos atenemos tanto a la lectura, no importándonos usar nuestro tiempo para leer a Proust, Manuel Payno, Donna Tart, Hanya Yanagihara o Luo Guanzhong,²⁵ tampoco envejecer para leer a autores casi jóvenes recién traducidos, ni encontrarnos con algún autor olvidado en librerías de viejo o bibliotecas de ciudades pequeñas (que, contrario a lo que dice Auden, sí tienen algo de mágico). Quizá, también por eso, le tene-

mente era buena haciéndolo. No era necesaria otra justificación porque era verdad.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ La duda de leer a Kim Il-sung se mantiene, por eso no está en la lista.

mos fe ciega a las letras. Sabemos que la literatura está haciendo algo bien. Alberto Manguel, en *Mientras embalo mi biblioteca*,²⁶ habla sobre cómo ya no existen los imperios, los reinos; civilizaciones que se creían indestructibles están sepultadas, sin embargo, sus libros, no. ¿Qué está haciendo bien la literatura? No lo sabemos. Hay montones de libros y estudios sobre el bien que hace la lectura en las personas, sobre la importancia de los textos en la humanidad. Son especulaciones y teorías, nada firme. Sin embargo, sabemos que algo está haciendo bien. El único buen lado de la historia es el de la literatura. Por eso, mejor seguir escribiendo pese a todas las amenazas del recuerdo: «Que condenaran mi obra al olvido si querían. Con una sensación de desesperanza, seguí escribiendo», sugiere Sakunosuke Oda en *El signo de los tiempos*.²⁷

²⁶ Almadía, 2017.

²⁷ Sakunosuke Oda, *El signo de los tiempos*, p. 89.